

La violencia y la palabra sobre el acto de decir en redes

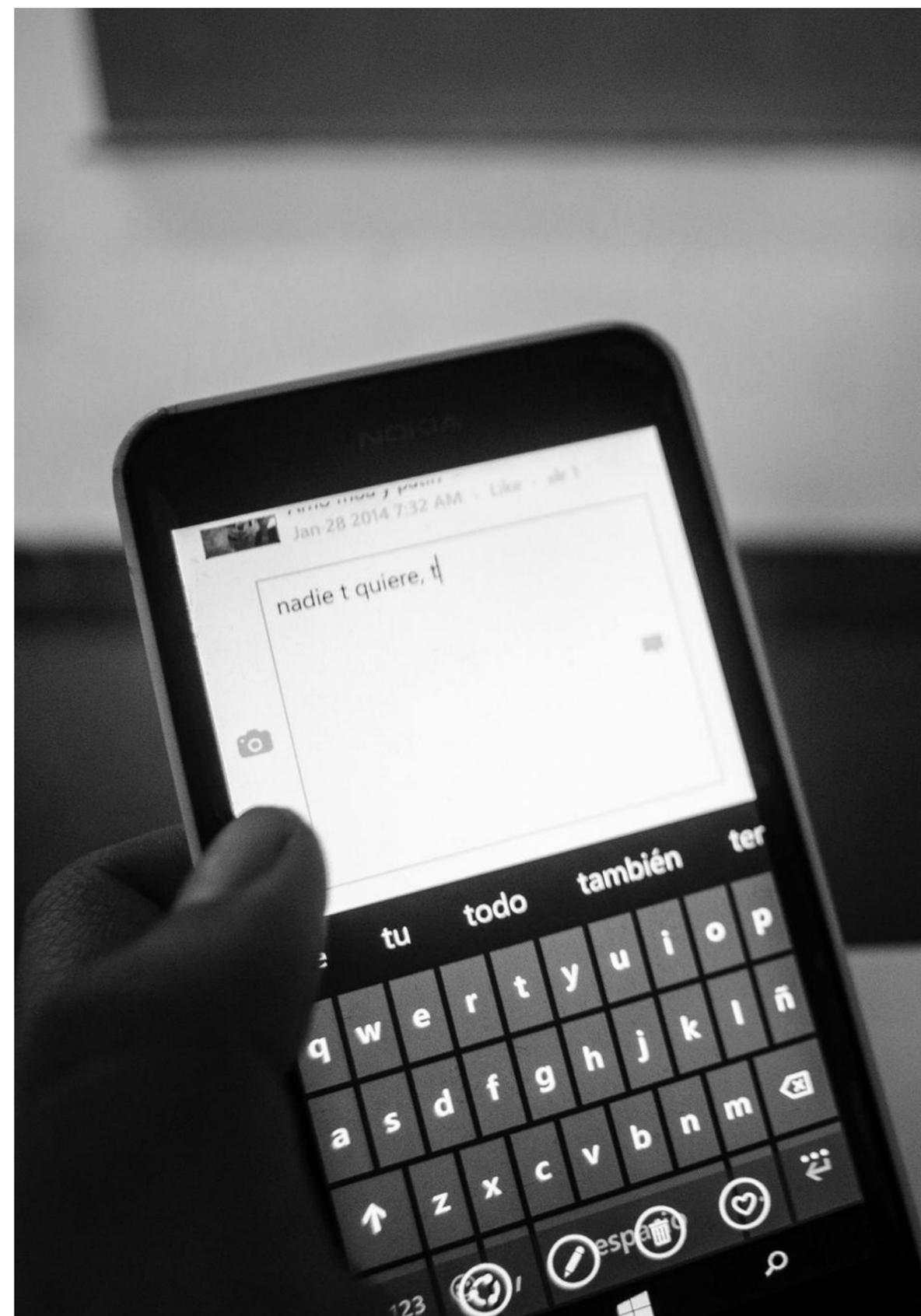
POR MARGARITA MARTÍNEZ

Licenciada en Ciencias de la Comunicación (UBA), magíster en Literaturas Española y Latinoamericana (París 10 - Nanterre) y doctora en Ciencias Sociales (UBA). Actualmente se desempeña como investigadora en la UBA y docente de grado y posgrado en la UBA y en otras universidades nacionales. Escribe en revistas literarias y culturales. Autora del libro *Sloterdijk y lo político* (Prometeo, 2010). Además es traductora de filosofía y ensayo para editoriales como Caja Negra, Cuenco de Plata y Amorrortu, entre otras. Se especializa en ciudad, nuevas tecnologías y subjetividades contemporáneas.

En un presente calificado como técnico y en un contexto en donde los territorios son el punto abrasador de gestación de lo político, la pregunta por la violencia adquiere extrañas resonancias. Parte de estos *efectos en eco* se derivan de la ampliación del campo de batalla sobre el cual gravita el concepto mismo: de su inscripción literal a su accionar simbólico, la violencia traza el arco que la convierte hoy en un prisma de lectura de lo social entero. A ello se suma el acoplamiento de las nuevas tecnologías de información y comunicación a los dispositivos de denuncia y registro de actos violentos, pero también la permeabilidad a la que nos exponen esas mismas tecnologías respecto del nivel permitido de intromisión institucional y fiscalización de las conductas. Las nuevas formas técnicas parecen señalarnos que nos pueden proteger de la violencia, aun si al mismo tiempo la ejercen y perpetúan;

son también, paradójicamente, el enclave donde la ciudadanía canaliza sus demandas de *mayor seguridad*.

Es en este marco donde adquiere sentido reparar en una oposición transitada que enfrentaría "territorios": por un lado el territorio de lo real y sus literalidades inscriptas en los cuerpos; por el otro, el de lo virtual y sus potencialidades de forjar nuevos tipos de comunidad y nuevas jerarquías. Estos territorios, sin embargo, se encabalgan (si no se confunden), obligándonos a discernir qué elementos entre lo que vemos como "nuevo" en lo virtual se expresaban, bajo otras formas, en aquel real que era el todo y que ahora ha devenido parte. Aún más, debemos preguntarnos cuáles son los rasgos distintivos de la intervención política y pública en estos nuevos espacios y el resplandor de su potencia: si como reflejo de las formas modernas o como un nuevo dibujo en el tablero del debate.



modos de enunciación, para esa modernidad cortés pero no cortesana, eran en sí actos violentos más allá del carácter veritativo de lo dicho. Eso nos lleva a considerar que el decir "virtual" puede recuperar una dimensión silenciada en lo moderno, y que es la que atañe a la violencia de la verdad. Aunque también a la violencia pugilística más allá de la verdad: siempre hubo una violencia de lo escrito presente en la invectiva, en la discusión de periódico, en aquello que habilitaba la habermasiana opinión pública. Desde la Revolución Francesa hay noticia del panfleto injurioso y anónimo. Y en las publicaciones periódicas, la violencia de lo escrito podía derramarse en el pliegue del pseudónimo, estrategia de la máscara que, al menos por un tiempo, podía homologarse al del anónimo hasta que la identidad quedaba revelada. A eso se sumaba el problema del decir franco: anonimato, pseudonimia y potencia del decir armaron la trama moderna de una importante zona del debate intelectual.

Esa trama era vestigio todavía de una cultura letrada, es decir, de una cultura que afincaba su inscripción ideológica en el intercambio de argumentos por escrito y en la difusión de rumores a circular en lo oral. La *escritura* pública o privada y la *discusión oral* pública o privada marcaban el cuadrilátero donde se gestaba lo político, y en esa discusión desempeñaba un rol clave el intelectual como centinela, tal como lo definía Maurice Blanchot: "intenta preservar su espacio de retiro y ese esfuerzo de retiro para beneficiarse con aquella proximidad que lo aleja, a fin de instalarse allí (precaria instalación) como un centinela que no está más que para vigilar, mantenerse despierto, esperar (...)" (Blanchot, 1999: 86). Quebrada la trama humanista por la aparición de las tecnologías de la información y la comunicación, como señala el filósofo alemán Peter Sloterdijk, el tejido de la vigilancia mutua intelectual quedó rasgado. No pensamos el modelo de amistad y antagonismo como una larga serie de intercambios de textos; nuestra cultura es "post-epistolográfica" y por ende "poshumanista". Las formas tecnológicas rompen con el lineal saber letrado y sus formas de jerarquización, pero el intercambio por escrito no ha cejado, ahora emancipado en muchos casos de un basamento argumentativo. Y en este terreno, sorprendentemente fértil, germinan las nuevas flores de la violencia como producto de una activación de la fantasía: la violencia en redes es una violencia contra el fantasma del otro en una arena de combate real donde los argumentos se pierden en el horizonte del pasado para centrarse en los efectos retóricos y en el impacto de la forma. La impunidad del decir, ahora, tiene efectos distintivos.

Si tuviéramos que mencionar la primera emergencia de esta violencia contemporánea propia del "decir en redes", no podemos soslayar aquellos intentos pioneros

- Ya en un primer golpe de vista se observa, en las nuevas formas de expresión en lo virtual, una cierta tendencia a la escalada del comentario bajo el signo de la *impunidad del decir*. Previamente a abordar este rasgo y sus efectos, conviene establecer un linaje de la forma, pues hay que señalar que esta impunidad del decir es de raigambre moderna, que se ampara en el anonimato que entretejió la historia de la opinión pública en las tabernas y cafés, tal como nos la presenta Jürgen Habermas. En primer lugar, los mismos códigos de cortesía que hacían el ser civilizado partían de la idea del cuidado del otro: en una primera instancia, cuidar al otro era derivar el enfrentamiento corporal al cruce de espadas argumentativo. Pero en una segunda instancia, ese cruce de espadas debía seguir ciertos códigos de honor en donde la infamia no era bienvenida. Cuidar al oponente era no decirle al otro lo primero que se cruzara por la cabeza, aun asistido por la razón. Ciertos

LA DISPOSICIÓN A LA COMUNICACIÓN PROPIA DE LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA SE PROLONGA EN UNA DISPOSICIÓN A OPINAR SOBRE TODO EN 140 CARACTERES.

QUIZÁS DEBAMOS SOSPECHAR QUE LOS MODOS EN QUE APARECE LA VIOLENCIA EN EL ESPACIO VIRTUAL SE PUEDAN DERIVAR TAMBIÉN DE LA IDEA DE QUE NO HABRÁ SANCIÓN SINO DE FORMA TARDÍA O MENOR, O EN TODO CASO DE FORMA TAN ANÓNIMA COMO LA IDENTIDAD QUE ENMASCARA LA POLÍTICA DEL DECIR.

de generar opinión pública que fueron anteriores a los expresados luego en redes como *facebook* y *twitter*: me refiero a los comentarios de lectores que se abrieron en forma temprana en las noticias de los principales diarios cuando éstos foguearon sus primeras versiones *on-line*. Esa experiencia permitió anticipar una tendencia en las formas de discusión política, porque aquello que permitía un intercambio inédito (en su carácter de inmediato) respecto del comentario social de las noticias del día, muy pronto tuvo derivas inusitadas. No sólo apareció el "anónimo" vilipendiador y un espacio en donde el pretendido debate público muy pronto se degradaba a una andanada de insultos; también surgió una suerte de conducta colectiva de fiscalización de las conductas en la que nos importa detenernos. Si el primer rasgo (la violencia del comentarista singular anónimo) concernía a la impunidad del decir bajo la máscara y era focalizable en un individuo, el segundo rasgo de la violencia en redes emergía como un proceso colectivo, difuso, vinculado con la constitución de un sentido común correctivo frente al desvío del deber ser social. Y en este sentido las intervenciones en redes no sólo comenzaron a funcionar como una suerte de "dedo en alto" de la corrección política; se constituyeron también como sistemas eficaces de reemplazo de la sanción jurídica en un espacio público político-virtual nacido como extra-jurídico (hasta que las regulaciones legales llegaron al espacio de la virtualidad hubieron de pasar algunos años) bajo el supuesto de la horizontalidad. En tiempos post-epistolográficos, en épocas de crisis de las instituciones modernas y de sus sistemas punitivos, formas insidiosas e infiltradas comenzaron a balizar los canales donde se expresaba un cierto decir público. Y este segundo aspecto queda muchas veces velado por el primero, pues allí donde brota una violencia plasmada en la desestimación lisa y llana del otro, en la *falacia ad hominem* y sus variantes, poca atención queda para observar aquellas otras intervenciones abocadas al "trazado de la buena senda".

Si volvemos a las primeras experiencias de aperturas a comentarios en los diarios virtuales (a mediados de los dos mil de forma más generalizada), los combates entre particulares (entre sujetos encubiertos por el anonimato o no) obligaron a un inmediato arbitraje y a la introducción de la figura del moderador. El moderador, cuyo rol era precisamente regular la violencia de la discusión, fue a tal punto inútil que en algunas noticias de las denominadas "sensibles", se instaló lisa y llanamente la conducta de cierre a comentarios. Patricio Erb, quien realizó su tesis de graduación de licenciatura en Ciencias de la Comunicación sobre lo que denominaba "el medioambiente comment", lo señalaba de este modo: "sin ser vistos, los usuarios vigilan y castigan o recomiendan tanto a la noticia como al periodista y otros co-

EL INDIVIDUO CONTEMPORÁNEO ENTREGA VOLUNTARIAMENTE UNA ENORME CANTIDAD DE INFORMACIÓN DIARIA SOBRE SU VIDA Y ELECCIONES EN LAS REDES SOCIALES. LA ARENA DE LA DISCUSIÓN VIRTUAL ES UNA ARENA ELECTIVA, Y EN MUCHOS CASOS PROPIA.

► mentaristas. Así, para evitar cualquier avance de estructuras morales 'críticas', los comentaristas señalan comportamientos que no encuadran con sus creencias" (Erb, 2010: 33). A lo que Erb apuntaba era a la formación de un sistema de disciplinamiento blando y permanente de alerta de conductas inapropiadas, como si la función de centinela antaño asumida por el denominado intelectual ahora hubiera decantado hacia una encarnación difusa y anónima, más propia del espionaje del vecino que de una función crítica forjada en un recorrido letrado. Pero además apuntaba al convencimiento de los participantes respecto de su libre accionar, como si el dispositivo técnico velara a la vez sus formas de control del enunciado y de moderación de los efectos. Quizás debamos sospechar que los modos en que aparece la violencia en el espacio virtual se puedan derivar también de la idea de que no habrá sanción sino de forma tardía o menor, o en todo caso de forma tan anónima como la identidad que enmascara la política del decir. Tal vez el efecto más insidioso de la impunidad no sea el impacto directo al individuo alcanzado, sino la validación del mismo dispositivo como una escena de combate cruento.

**EL MISMO TWITTER FALAZ
O LA NOTICIA FALAZ SE DIFUNDE
PORQUE, AUN DEMOSTRANDOSE EN
POCAS HORAS SU CARÁCTER FALAZ,
YA HA CIRCULADO Y "ALGO QUEDA".
LOS POLÍTICOS ARMAN CENTROS
DE TROLLS.**

Para evaluar las formas de violencia política en redes como *facebook* y *twitter*, ahora sí, es necesario mencionar otro ingrediente que tiene que ver con las mutaciones de las formas anatomopolíticas en la vida contemporánea. El Estado moderno, tal como nos plantea Foucault, podía proceder a la exacción de saber de sus poblaciones mediante dispositivos de coacción. Esa coacción en nuestro presente abre paso a formas blandas y voluntarias: el individuo contemporáneo entrega *voluntariamente* una enorme cantidad de información diaria sobre su vida y elecciones en las redes sociales. La arena de la discusión virtual es una arena electiva, y en muchos casos propia. Entonces, a diferencia de la experiencia del comentario en una noticia de un medio virtual, la violencia que puede surgir en una discusión política en una red social, por ejemplo, se enmarca en ese espacio de la *intimidad pública* que Paula Sibilia cree propio de una sociedad espectacularizada en la cual la subjetividad deviene montaje. Puede ocurrir que de forma ya no tan anónima quien desliza una opinión o plantea un debate político lo haga "en su propia casa", en el muro de su *facebook*, por ejemplo, en su *twitter*, para que otro individuo más o menos anónimo (identitariamente reconocido aunque no validado necesariamente como interlocutor más allá de las licencias del espacio) llegue hasta allí para provocarlo (si lo hace de forma violenta) y abrir así la puerta a una serie de intervenciones *in crescendo*. Además de las propias a un espacio de discusión entre particulares en la escena pública, suelen añadirse otras formas violentas de fiscalización de conductas como el escrache colectivo, en la búsqueda de la imposición de un discurso de índole moralizante, y todo ello en el marco del supuesto, una vez más, de libre participación ciudadana.

Evaluar las bondades del escrache como práctica social es una tarea todavía pendiente, pues su asociación con las denominadas "causas justas" evita su cuestionamiento como dispositivo colectivo de castigo. Pero su fundamento en tanto que dispositivo de acción colectiva no es diferente del que se pone en marcha en la virtualidad en asociación, esta vez, con todo tipo de causas. Una vez más, el fin parece justificar los medios: si la causa es buena, el escrache es bueno; la conminación a definirse en tiempos acelerados hace lo demás, gestando muy rápidamente juicios, condenas y metafóricas ejecuciones colectivas. En cuanto a la obligatoriedad del decir público, los políticos, las figuras mediáticas ya están tácitamente obligadas a tener *twitter*, cuando la obligación de pronunciarse ante una cámara, por ejemplo, no era tan acuciante; luego están obligadas, y no tan tácitamente, a pronunciarse ante cualquier hecho social que genere un cierto debate. La disposición a la comunicación propia de la sociedad contemporánea se prolonga en una disposi-

**LA TAN MENTADA TRANSPARENCIA
NO HACE SINÓ DEMOSTRAR QUE
LA SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN
Y LA COMUNICACIÓN NO HACE SINÓ
AÑADIR UNA CAPA DE OPACIDAD
QUE SE TRASLADA A LA POLÍTICA.**

ción a opinar sobre todo en 140 caracteres. Esa es la asociación más inmediata con un modo de hacer política, de leuzeanamente hablando, desde un banco de datos: cantidad de seguidores, cantidad de *retwiteos*, cantidad de *hashtags* invocados. La política en redes, entonces, se va constituyendo como una novedad erguida sobre elementos propios del debate moderno pero ligados de otra forma. Ahí donde el tegumento era argumentativo, ahora el principio ligador es el de la inmediatez y la cantidad. Ahí donde la violencia del decir podía expresar el quiebre del tabú social enunciativo (*el rey está desnudo*) bajo la forma de enunciación de una verdad, la multiplicación de la denuncia (estamos todos desnudos, todo el tiempo, siendo vistos, espiados, vigilados, "botoneados") impacta en la idea misma de verdad (no hay "afuera" del sistema de información difundido en redes en el cual basarse para forjarse una idea de verdad). La conciencia de la inautenticidad o de constructo de toda noticia circulante, que podría ser el comienzo de un saneamiento que colaborase a una profunda actitud crítica, gira en falso paroxícticamente, pues todo puede ser constructo y constructor de la política: el mismo *twitter* falaz o la noticia falaz se difunde porque, aun demostrándose en pocas horas su carácter falaz, ya ha circulado y "algo queda". Los políticos

arman centros de *trolls*. Y siguen los etcéteras.

La asunción de que las "operaciones políticas en redes" no son solamente una forma más de la política sino la forma política más candente del momento, el reciente episodio de público conocimiento entre el presidente Mauricio Macri y el empresario de medios Marcelo Tinelli (que suscitó una visita de este último a la Casa Rosada luego de develarse una oscura intervención contra el mediático a través de un supuesto call center montado para *trollear*), la necesidad de esclarecer esa opacidad volviendo aun más opaco el todo (la figura presidencial inclinándose ante el empresario), el aspecto paquidérmico y anacrónico del debate parlamentario que acompaña, operado a su vez por el *trolleo* y las intervenciones en redes, todo ello nos remite también a la imagen de un cuerpo social violentado por el latigazo de las estadísticas, de la aceptación del click, de la "tendencia". Porque el acoso estadístico, el permanente reparo en seguidores y respuestas, es otra forma de la interrupción permanente en los dispositivos de la política hasta ahora entendidos como acoplados a los largos tiempos de la ideología. Bajo la aparente lucha ideológica se esconden estrategias de mercado, de tráfico de voluntades para hacerse, una vez más, con un Estado considerado un botín de recursos financieros.

En síntesis, en la era de la hipervigilancia y la información, el concepto de violencia tributa a mecanismos de doble filo pero se posiciona como nodal en la constitución de lugares subjetivos de enunciación. Por un lado, el concepto de violencia se convierte en algo condenado masivamente, pues si no sucede, formas masivas correctivas señalan a quien se desvíe del quórum afortunadamente instalado. Pero en el acto mismo del decir, no es inusual que incluso el pronunciamiento contra la violencia se consume mediante operaciones calificables como violentas. En este sentido, la tan mentada transparencia no hace sino demostrar que la sociedad de la información y la comunicación no hace sino añadir una capa de opacidad que se traslada a la política. Más que nunca, la política en redes nos recuerda que, en toda política, la verdadera pugna es por la posesión de un "real" que se ningunea conceptualmente pero que se debate ferozmente en la delgada línea entre esos territorios que no son sino el único espejo posible del todo social. •

Referencias bibliográficas

- Blanchot, M. (1999). "Los intelectuales en cuestión", en revista *Pensamiento de los Confines*, N° 6. Buenos Aires, Paidós, p. 85-96.
- Erb, P. (2010). *La construcción técnica del medioambiente comunitario en los portales digitales de noticias*. Tesina de graduación. Licenciatura en Ciencias de la Comunicación. Tesis N° 2419. Inédita.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.